

¿El populismo como vía de incorporación política? Las mujeres de los comedores populares durante el gobierno de Alberto Fujimori en el Perú

Populism as a way of political incorporation? Women in common kitchens during the government of Alberto Fujimori in Peru

María Paz Cuadra Lazarte¹

RESUMEN: El presente artículo pretende incorporar una perspectiva de género interseccional al estudio del populismo como vía de incorporación política, bajo la premisa de que las mujeres de sectores populares en países sudamericanos han sido objeto de una doble exclusión: tanto debido a condición socio-económica como debido a su género. Para ello analizaremos el caso de las políticas populistas implementadas durante el gobierno de Alberto Fujimori, en la década de 1990 en el Perú, en relación con los comedores populares, con el fin de evaluar hasta qué punto estas estrategias dieron como resultado la incorporación de las mujeres dirigentes de los comedores a la vida política.

Palabras clave: Perú, comedores populares, organización comunitaria, incorporación política, populismo, mujeres organizadas

¹ Peruana. Estudiante de pregrado de Ciencias Sociales con mención en Sociología en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, Perú. Contacto: mariapazcuadral@gmail.com | ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4959-8619>

ABSTRACT: This article aims to incorporate an intersectional gender perspective into the study of populism as a means of political incorporation, under the premise that women from popular sectors in South American countries have been subjected to a double exclusion: both due to their socio-economic condition and due to their gender. I will analyze the case of the populist policies implemented during the government of Alberto Fujimori in the 1990s in Peru, in relation to the community kitchens in order to assess to what extent these strategies resulted in the incorporation of women leaders of the common kitchens into political life.

Keywords: Peru, common kitchens, community organization, political incorporation, populism, organized women

Introducción

En los estudios recientes acerca del populismo, destacan las teorías acerca su relación con la democracia. Tradicionalmente, se sostuvo que el populismo resultaba una mera amenaza para el sistema democrático, al socavar las instituciones que aseguraban su continuidad (Weyland, 2013). Sin embargo, a la actualidad, más de un autor ha planteado que la democracia es, en realidad, una precondition para la emergencia del populismo (Mudde y Kaltwasser, 2019). Esto se debe a que el populismo recoge y potencia la promesa democrática de la soberanía popular: el gobierno del pueblo y su participación en la toma de decisiones. Más aún, el surgimiento de un movimiento o líder populista es signo de que la promesa democrática está incumplida, al menos, para un gran sector de la población que no encuentra canales adecuados de representación para sus demandas en el gobierno o en el sistema de partidos tradicional.

En este sentido, se ha planteado que el populismo en Latinoamérica puede funcionar como un mecanismo de inclusión para los sectores que han sido históricamente marginados de la política: se postula que los movimientos, partidos y líderes populistas permitirían crear mecanismos de participación directa, de modo que puedan ser atendidas las demandas de los grupos excluidos que hasta el momento no habían podido ser solucionadas por los partidos tradicionales (ya sea por falta de voluntad o de capacidad). No obstante, los estudios del populismo como incorporación en Latinoamérica han presentado ciertas limitaciones al centrarse en sectores de la población que han sido históricamente excluidos por criterios étnico-raciales y/o de clase, dejando de lado el factor de género.

Ante ello, mediante el presente artículo, sostengo que resulta necesario incorporar una perspectiva de género interseccional² al estudio del populismo como mecanismo de incorporación política, debido a que las mujeres de sectores populares en países sudamericanos han sido sistemáticamente excluidas de la política institucional no sólo en tanto miembros de la clase trabajadora sino, también, en tanto mujeres. Analizaré, desde esta perspectiva, el caso de las políticas implementadas durante el gobierno de Fujimori en el Perú en relación con los comedores populares en la década de 1990, con el fin de evaluar hasta qué punto las estrategias adoptadas por el gobierno dieron como resultado la incorporación de las mujeres dirigentes de los comedores a la vida política, y para identificar las limitaciones y particularidades que se presentaron en este proceso.

Antecedentes políticos en el Perú del siglo XX: Un contexto propicio para el surgimiento del populismo

Alberto Fujimori, electo presidente del Perú en el año 1990 y reelecto en 1995, es considerado representante del neopopulismo en Latinoamérica. Ello implica que compartió los rasgos del populismo clásico de la región en el sentido político, pero, en lo económico, su gobierno se distanció de este al aplicar duras medidas neoliberales de ajuste estructural y contraer la intervención estatal (Crabtree 1997). Para comprender el apoyo popular a Fujimori, primero como candidato y, posteriormente, como presidente, resulta necesario situar el contexto político y económico en el que se encontraba el Perú al momento de su elección.

Para el año 1990, el Perú se hallaba afrontando una crisis tanto política como económica, resultado, en gran medida, del fracaso de los gobiernos anteriores en crear vías efectivas de representación de los intereses populares y consolidar las instituciones democráticas.

El gobierno del general Juan Velasco Alvarado, que inició su mandato mediante un golpe de Estado en 1968, emprendió significativos intentos en la vía de la democratización y la redistribución de recursos. En el aspecto económico, apostó por el intervencionismo estatal e intentó implementar el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), como fue tendencia en la región. Además, llevó a cabo la reforma agraria con el fin de atacar el poder

² El enfoque interseccional fue originalmente planteado por Kimberlé Crenshaw (1989) con el objetivo de analizar la experiencia de las mujeres racializadas de manera multidimensional; es decir, partiendo de la comprensión de que existen múltiples fuentes de discriminación que las afectan. Ello se contrasta con el análisis “de un solo eje” que, según la autora afirma, distorsiona esta compleja experiencia desde una concepción categórica y simplista de la exclusión social.

de las élites terratenientes y reformar el sistema de tenencia de tierras. Si bien estas medidas fueron implementadas por el gobierno de manera vertical, la movilización popular y la aceleración de la migración del campo a la ciudad que se desprendieron de ellas fueron significativas para que se establezca la necesidad de una política que responda a los sectores populares —especialmente, indígenas, campesinos y migrantes— que habían sido históricamente marginados de la vida política, económica y social hegemónicas.

Posteriormente, el país atravesó una etapa democrática y constitucional, con los gobiernos de Fernando Belaúnde (1980-1985) y el de Alan García (1985-1990). Se había establecido por primera vez el sufragio universal con la Constitución de 1978, lo que estuvo acompañado del surgimiento de un amplio sistema de partidos de distintas tendencias políticas. Ambos gobiernos resultaron incapaces de afrontar la situación económica del Perú y se vieron amenazados por la violencia política que golpeó al país desde inicios de la década de 1980.

En el caso de García, el líder aprista optó por el nacionalismo económico y la intervención estatal frente al libre mercado, confrontando a los organismos económicos internacionales. Asimismo, adoptó estrategias personalistas y autoritarias en el ámbito político. Su gestión agravó la situación del país en el sistema económico internacional, de modo que, a fines de la década de los ochenta, el Perú enfrentaba tanto una crisis económica (por la hiperinflación) como una política (debido a los niveles alcanzados por la violencia senderista).

En dicho contexto, la población peruana experimentaba un profundo descontento y desconfianza hacia los partidos tradicionales ya que, más allá de su posición en el espectro político, habían persistido en actos de corrupción y clientelismo, además de demostrar poca efectividad en para canalizar las demandas de los sectores más vulnerables y afectados por la situación económica y política del país. Todo ello creó un clima propicio para el surgimiento de populismos que defiendan la necesidad de un cambio político que proporcione una respuesta efectiva y rápida a la doble crisis que atravesaba el Perú. Así fue como, en las elecciones de 1990, Alberto Fujimori, a quien muy pocos conocían apenas semanas antes, fue electo presidente. A continuación, analizaremos a Fujimori como líder neopopulista.

Alberto Fujimori como líder populista

Es posible identificar tres elementos que caracterizan al populismo: En primer lugar, un grupo social movilizado identificado como “el pueblo”; en segundo lugar, un líder carismático que ejerce un liderazgo personal y directo para con el pueblo; en tercer lugar, un conjunto de discursos y prácticas que antagonizan al

pueblo con un grupo social identificado como la “élite” (Casullo, 2014). La definición de quiénes conforman el “pueblo” resulta central para el populismo, ya que este parte de la defensa del principio de la soberanía popular, de la participación de los ciudadanos en las decisiones del gobierno; por tanto, “[l]a gente no puede decidir hasta que alguien decide quiénes son las personas” (Jennings 1956, 56). Es decir, resulta trascendente, para el curso de un gobierno o movilización populista, cómo se defina la composición social de aquellos que, de acuerdo con el discurso del líder, tendrían el derecho legítimo a gobernar.

Para entender el antagonismo entre “pueblo” y “élite” en el discurso de Fujimori, resulta necesario ahondar en el tipo de candidato que fue en las elecciones de 1990. Fujimori fue electo presidente siendo un completo “outsider”. Se presentó como un candidato sin carrera política conocida ni perteneciente a las élites criollas que habían gobernado al Perú tradicionalmente. Este contraste resultó central, debido a que el discurso electoral difundido por el candidato y su movimiento político se sostenía sobre la idea del fracaso de las élites políticas tradicionales en manejar la crisis nacional; Más aún, señalaba a las élites como las principales responsables del declive político, económico y social del país. En su campaña hizo alusión a ello como una fortaleza de su candidatura; especialmente, debido a que su contrincante para la segunda vuelta, Mario Vargas Llosa, era el candidato del “establishment” por excelencia, apoyado por las élites económicas e intelectuales nacionales e internacionales. La estrategia de Fujimori de posicionarse como antagonista de la élite para legitimar su candidatura se hizo evidente en momentos centrales de la campaña, como en el debate presidencial de 1990:

“La intervención estatal ha sido realizada de forma desordenada, caótica, dando lugar a un sistema de incentivos (...) ¿Ustedes creen que han respondido estos incentivos en favor de los más pobres? No. Han respondido fundamentalmente en favor de los distintos grupos de poder que lamentablemente detrás de usted, doctor Mario Vargas, se encuentran” (Fujimori 1990)

Un segundo aspecto central en el perfil de Fujimori como candidato presidencial fue su estatus como hijo de migrantes japoneses, lo que reforzó su distanciamiento de los elementos que caracterizaban a las élites políticas y económicas tradicionales, y lo situó mucho más cerca de los sectores populares. Ello se vincula al pasado colonial del Perú, que originó la exclusión económica, política, y social de los pueblos indígenas y campesinos. Casi doscientos años después, pese a su incorporación formal en los procesos de sufragio, la exclusión sistemática de los descendientes de estos grupos persistía en muchas áreas del ejercicio de la ciudadanía. Esta condición se acentuó con las masivas migraciones desde

zonas rurales a las principales ciudades del país, y la consiguiente formación de “barriadas” o “pueblos jóvenes” en los territorios aledaños, caracterizados por la desventaja ecológica y la falta de acceso a servicios básicos. La condición de migrantes en las zonas urbanas fue, además, causa de discriminación étnico-racial y lingüística, situación que compartía el candidato debido a su ascendencia.

El candidato de Cambio 90 hizo uso de la imagen que se estaba construyendo de él a través de los medios de comunicación a partir de su aspecto étnico para reforzar ciertos imaginarios en torno a su candidatura en la opinión pública. De esta manera, llegó a emplear, en alguna ocasión, un traje tradicional de la cultura japonesa, además de hacer movimientos de karate o comer platos japoneses con su familia, lo que fue difundido por los medios de comunicación con el objetivo de generar empatía hacia el candidato (Murakami, 2007). Así mismo, los medios difundieron el lema de la campaña de Fujimori, “Honradez, Tecnología y Trabajo”, que fue reforzado con valoraciones positivas vinculadas a la ética laboral y la honestidad de los descendientes de migrantes japoneses en el Perú. Todo ello contribuyó, en gran medida, a que se incrementara de manera acelerada el apoyo de las clases socioeconómicas más bajas hacia el candidato (2007).

A ello se añade que la campaña electoral de Cambio 90 estuvo orientada a dos sectores sociales bastante específicos que habían sido excluidos de la política partidaria: los trabajadores informales y los cristianos evangélicos (Murakami, 2007). El discurso de Fujimori en su primera campaña electoral respondió a los patrones culturales y expectativas de dichos grupos, de manera que el mencionado lema de campaña y la publicidad del candidato evocaron los valores de esfuerzo y trabajo exaltados tanto por el grupo de trabajadores informales —en su mayoría, migrantes— como por los cristianos evangélicos. Así, mientras su campaña electoral partía de una crítica directa a los partidos y líderes políticos tradicionales, Fujimori sembró, mediante su discurso, una esperanza de cambio, desarrollo y estabilidad en el país, lo que fue posible a través de discursos más bien vagos, que no planteaban soluciones ni propuestas concretas. Ello constituyó una estrategia electoral efectiva, pues se trataba de un planteamiento versátil ante las expectativas de diversos sectores sociales, de modo que gozó de una gran aprobación popular en el contexto electoral de 1990.

En esta línea, se puede afirmar que la definición del concepto de “pueblo” en el discurso de Fujimori no se basó, fundamentalmente, en criterios étnicos o de clase: Como en el caso de otros populistas latinoamericanos, su definición del pueblo no fue excluyente, sino que atrajo a diversidad de grupos étnicos, culturales y económicos bajo una retórica que los sitúa “como una comunidad política con una vida común que se remonta al pasado y comparte un destino común en el futuro” (Rovira, 2014, 480). Esta comunidad comparte, finalmente, la

cualidad de no pertenecer al "establishment", el cual tendría la responsabilidad de los fracasos políticos pasados, incluyendo el clientelismo, la corrupción y el manejo errático del rol del Estado en la economía nacional.

En esta línea, el líder populista se presenta como alguien capaz de responder al llamado del pueblo para movilizarlo y asignarle un rol activo en la política. En concordancia con esta posición, durante su gobierno, Fujimori rechazó y desechó todo tipo de institución democrática intermediaria, señalándolas como ineficientes o poco comprometidas. Desde la teoría, se señala que este comportamiento trae como resultado un involucramiento directo del líder populista con sus electores, mediante lo que los primeros plantean como una 'verdadera democracia' (Levitsky y Loxton, 2013). Estos fueron, de hecho, los principios que sostuvieron y legitimaron el mandato de Fujimori durante dos períodos presidenciales.

Historia de los comedores populares en las urbes del Perú

Una vez identificados algunos de los rasgos populistas del gobierno de Fujimori y con el fin de comprender cómo aquel se vincula con las mujeres de organizaciones populares, resulta preciso evaluar, brevemente, la evolución en la organización y cooperación de los comedores populares a través de los gobiernos de las últimas décadas del siglo XX en el Perú, con el fin de comprender las particularidades que presentaron en los años noventa. Los comedores son organizaciones principalmente lideradas por mujeres de barrios populares, que preparan colectivamente raciones alimenticias para su familia y otros usuarios miembros de sus comunidades (Blondet y Montero 1995). El objetivo principal de esta organización es reducir el costo de la alimentación familiar en contextos de crisis económica. Sin embargo, las experiencias documentadas han demostrado que los comedores en realidad han cumplido diversos propósitos en lo referente al cuidado y bienestar comunitario, debido a su potencial como plataforma organizativa. Existen dos actores principales que deben interactuar para el funcionamiento adecuado y sostenido de un comedor: Por un lado, las mujeres de sectores populares que organizan y participan a diario en las actividades del comedor; por otro lado, las instituciones y organizaciones externas, gubernamentales o no (ONGs e iglesias, principalmente), que se relacionan con los comedores a través de la donación de víveres, financiamiento y asesoría. Cabe resaltar que estas últimas mantuvieron una agenda de objetivos propios en torno a los comedores.

Los primeros comedores autogestionarios surgieron en Comas, producto de la agudización de la crisis económica, alrededor del año 1978 (Blondet y Montero 1995). Estos iniciaron en la forma de ollas comunes organizadas por las mujeres

de los barrios populares, dedicadas a la preparación de los desayunos. En los años subsiguientes, la iniciativa fue replicada en los distritos de El Agustino, Villa El Salvador y San Martín de Porres, incluyendo al almuerzo en el menú diario, lo cual fue posible por las donaciones de víveres por parte de organizaciones internacionales como USAID, CARITAS y OF ASA. Estos primeros comedores estuvieron íntimamente vinculados con organizaciones eclesiales, que brindaban asesoramiento y acompañamiento logístico a las mujeres que los lideraban. Se promovió en estos espacios la autogestión y la autoayuda, de modo que no dependiera de iniciativas gubernamentales.

Posteriormente, durante el gobierno de Belaúnde, la primera dama, Violeta Correa, impulsó en 1982 el Programa de Cocinas Familiares que, sumado a los programas de alimentación que ya se encontraban en curso (Programa de Alimentación Escolar PAE, y el Programa Materno Infantil PAMI), brindó apoyo a los comedores populares a través de la donación de víveres y el refuerzo de la infraestructura. El resultado fue la multiplicación y expansión de estos, que pasaron de ser 236 en el año 1982 a 523 en 1984 (CARE-Perú 1990). Cabe resaltar que los comedores que surgieron de esta etapa funcionaron de manera paralela a los comedores autogestionarios que recibían apoyo de la iglesia, de modo que se empezaron a marcar las diferencias entre estas organizaciones.

En el período de 1984 a 1988, durante el mandato del alcalde Alfonso Barrantes en Lima (de Izquierda Unida), se inauguró el Programa Municipal del Vaso de Leche. Ello propició la rápida proliferación de los comités del Vaso de Leche, liderados por las madres de barrios populares, quienes ganaron protagonismo político en esta etapa. En el año 1985, inició el gobierno de Alan García (APRA) como presidente, quien creó el Programa de Asistencia Directa (PAD) (Blondet y Montero 1995). Este llevó a la formación de clubes de madres auspiciados por el PAD, que posibilitaban a las madres de familia una forma de conseguir ingresos mediante el taller productivo, mientras mejoraban la alimentación de sus familias a través del comedor, y aseguraban el cuidado colectivo de sus hijos con el Programa No Escolarizado de Educación Inicial (PRONOEI). Los clubes de madres surgidos en esta modalidad funcionaron, nuevamente, de manera paralela a los anteriores, pero con la preeminencia del apoyo del gobierno. El resultado fue que, en el período de 1985 a 1987, la cantidad de comedores se incrementó de 884 a 1383 (CARE-Perú 1990).

Ante el fracaso de la política económica de García, el mandatario aplicó el primer ajuste estructural en 1988. Como consecuencia de la agudización de la crisis económica y el alza de los precios de los alimentos, el número de comedores se incrementó en un 70% entre 1988 y el primer trimestre de 1990 (Blondet y Montero 1995). En este mismo período, la oferta de alimentos fue restringida al

gobierno peruano y CARITAS, de modo que todos los comedores formados fuera de ambos programas dejaron de recibir apoyo alimentario. Ante esta situación, muchas de las dirigentas de los comedores empezaron a articular y movilizarse, elaborando propuestas dirigidas al gobierno para sus organizaciones, e iniciando su involucramiento en la política institucional.

Comedores populares durante el gobierno de Alberto Fujimori

Durante el gobierno de Fujimori (1990 – 2000), el escenario se transformó para las mujeres que lideraban los comedores. El presidente electo aplicó, durante su primer año de mandato, las medidas de ajuste estructural más rígidas que se hubieran observado en América Latina. En este punto, el trabajo voluntario de las mujeres de los comedores fue fundamental para hacer frente al hambre en sus comunidades. La demanda se incrementó en los barrios populares, de modo que, entre 1990 y 1991, los comedores se incrementaron en un 63% (Blondet y Montero 1995). A inicios del año 1992, el gobierno creó el Programa Nacional de Asistencia Alimentaria (PRONAA) que se encargaría de la entrega de víveres para elevar los niveles nutricionales de la población más vulnerable. Además de la entrega directa de alimentos y los subsidios a los comedores, el programa también implementó la modalidad de “alimentos por trabajo”, como incentivo al trabajo comunal en obras de infraestructura para el desarrollo barrial. No obstante, el PRONAA ha sido recurrentemente señalado como asistencialista.

Un aspecto importante a resaltar para comprender los programas de asistencia a los comedores durante el gobierno de Alberto Fujimori es que estos se dieron en el marco de implementación del modelo neoliberal en el Perú. Desde el discurso oficial, dicha implementación tendría como objetivo terminar con la hiperinflación y reinsertar al Perú en el sistema financiero internacional con el fin de obtener crédito. Entre las medidas que formaron parte del cambio de modelo económico, la liberalización de la economía, la eliminación de las barreras de aranceles y el fin de los subsidios tuvieron un impacto sin precedentes en el gasto fiscal, lo que afectó, principalmente, la capacidad de gasto social. Por tanto, el gobierno, lejos de enfocarse en el reforzamiento de los servicios públicos como la salud y la educación (que empezaron a ser, más bien, privatizadas) se centró en el apoyo directo —y, en muchos casos, asistencial— a los sectores con mayores índices de pobreza y vulnerabilidad. Para este fin, no se emplearon fondos públicos, sino, más bien, donaciones de la cooperación internacional. Así mismo, sostengo que, más allá del financiamiento externo, este tipo de políticas dependieron, fundamentalmente, del trabajo voluntario no remunerado de las mujeres que formaron parte de las organizaciones populares.

La “cuestión de la mujer” en el gobierno de Fujimori

Cabe preguntarse, a este punto, de qué manera específica Fujimori planteó la “cuestión de la mujer” durante su gobierno, un aspecto que se volvió central para su estrecho vínculo con los sectores populares y que, a su vez, resulta fundamental para identificarlo como un líder populista. Planteamos que este aspecto presenta dos aristas: Por un lado, se encuentra el ámbito discursivo, en el que Fujimori construyó una imagen de las mujeres de sectores populares que era afín a los valores que su gobierno profesaba defender y que le otorgaban legitimidad. Por otro lado, hallamos el ámbito más práctico de las políticas dirigidas a los ciudadanos en situación de mayor vulnerabilidad, donde las mujeres de organizaciones populares jugaron un papel fundamental que tuvo repercusiones sobre su entrada a la arena política.

Es posible identificar tres razones principales por las cuales el gobierno de Fujimori prestó una gran atención a las mujeres de sectores populares. En primer lugar, y como se ha observado ya en el presente artículo, existía una amplia base organizacional mediante la cual las mujeres habían desarrollado lazos y liderazgos. No obstante, al interior de estas organizaciones se habían creado también disputas debido a la desconfianza por la violencia senderista y a las precarias condiciones en que debían trabajar. Ello debilitaba su organización política, lo que las colocaba en una posición de vulnerabilidad (Boesten, 2019). En segundo lugar, en el plano cultural, las mujeres habían sido socializadas en los roles de cuidado familiar y comunitario, y mostraban disposición a asumirlos mediante su trabajo no remunerado, lo que posibilitaba prácticas maternalistas que sirvieran al alivio del gobierno en lo respectivo a estos roles. Finalmente, las mujeres tenían un valor simbólico para el gobierno de Fujimori, surgido, como se señaló, en un contexto de profunda desconfianza hacia las instituciones y élites políticas y democráticas: La presencia de las mujeres, reforzada por ideas marianistas tradicionales, otorgaba al gobierno un rostro de honestidad, innovación y resiliencia, que ayudaba, en gran medida, a contrarrestar los efectos del creciente autoritarismo y corrupción.

En el plano discursivo, Fujimori construyó una imagen idealizada de las mujeres de sectores populares, imagen que resultó ser muy funcional a la legitimidad de su gobierno, tanto en el ámbito nacional como internacional (2019). En primer lugar, exaltó la condición de las mujeres como madres y cuidadoras por excelencia; cabe decir, no solo en el ámbito privado o familiar sino, también y, sobre todo, a nivel comunitario. Este aspecto resulta central para comprender el rol que cumplieron en las organizaciones de subsistencia durante la crisis económica, pero, también, su entrada a la política institucional. Ello se relacionaría

con lo propuesto por Chaney (1979), quien sostiene que se ha promovido para las mujeres en la política latinoamericana la idea de que su participación política es la mera extensión de un rol maternal-doméstico.

Esta construcción del rol político de las mujeres, a su vez, se encuentra relacionada con el concepto de “marianismo”, que se basa en el supuesto de que las mujeres poseen una innata superioridad moral y espiritual sobre los hombres (Stevens 1974). No obstante, resulta necesario aclarar que, si bien las representaciones mencionadas han prevalecido en el plano político institucional, es probable que esta prevalencia se haya debido a su funcionalidad inmediata en relación las políticas sociales —a menudo, sostenidas sobre el trabajo no pago de las mujeres— que a una correspondencia real con el rol de las mujeres de sectores populares en la política barrial y partidaria. Ello, trasladado al plano político, se ha evidenciado en el uso de la imagen de las mujeres como fuente de honestidad, conciencia social y antónimo de autoritarismo, en contraste con las representaciones políticas de la masculinidad. Esto se hizo presente en el discurso de Fujimori. “De ahí que su presencia [la de las mujeres] contribuyera a reforzar la imagen de respeto, de orden, estabilidad y buen gobierno que el Presidente requería para afirmarse en el poder” (Blondet, 2002, 17).

Un concepto adicional que ayuda a comprender la construcción discursiva y política de las mujeres es el de “maternalismo”. Este parte de la identificación inmediata de las mujeres con el rol materno, lo que tiene importantes consecuencias en el ámbito público. Si bien, por un lado, la maternidad puede funcionar como una vía de reivindicación política para las mujeres, a su vez, esta puede ser instrumentalizada “como justificación del Estado para delegar en las mujeres el trabajo de cuidado y con ello desinvertir en el proceso de reproducción social” (Ángeles y Guerrero 2014, 29). Cabe destacar que este principio no culmina en una mera división del trabajo, sino que son, precisamente, las actividades con menor prestigio social —y, por ende, con poco o nulo reconocimiento económico— las que son asignadas a las mujeres como su rol legítimo en la sociedad.

En línea con lo señalado por Ángeles y Guerrero (2014), en contextos de crisis económica, el efecto de esta distribución ha sido el traslado de las tareas de cuidado y la búsqueda del bienestar del ámbito público-estatal al privado-familiar. Como consecuencia, se produce sobrecarga en las tareas de cuidado de las mujeres, en quienes recae el sostenimiento de la salud, la crianza, y la alimentación de sus familias y de sus comunidades. Esta visión se reflejó en diversos discursos de Alberto Fujimori. Por ejemplo, en su discurso por el Día de la Madre, en 1991, el presidente calificó de “abnegadas” a las madres peruanas y aplaudió sus pocas ansias de reconocimiento personal al señalar que trabajaban “en el perfecto ano-

nimato, son las heroínas de la gran tarea que significa la reconstrucción nacional” (Ojo 1991).

Esta caracterización de las mujeres peruanas se encontraba en perfecta consonancia con el discurso de inclusividad de Fujimori: Como mandatario, prestó atención, en una escala sin precedentes, a los problemas de las mujeres de los sectores con mayor pobreza monetaria; sectores que habían sido excluidos, sistemáticamente, de la vida política. Las apelaciones a su condición de ciudadanas resultaron, definitivamente, en cambios importantes, a nivel discursivo, de su estatus como sujetas políticas. No obstante, es preciso evaluar hasta qué punto estos cambios en el plano discursivo se tradujeron en una efectiva incorporación de las mujeres a la vida política; es decir, un proceso incorporador que les permita adquirir mayor capacidad de autodeterminación, pues se ha señalado, también, que ello traería como consecuencia una “cultura histórica de la dependencia al asistencialismo y el clientelismo [que] contribuiría a afirmar los lazos de subordinación al mandatario” (Blondet 2002, 18).

El apoyo del sector popular femenino al gobierno fujimorista

Se debe rescatar los motivos y circunstancias que ayudan a entender el apoyo popular femenino a Fujimori, que repetidas veces, desde la opinión pública, ha sido calificado de irracional o fanático. El primer elemento resaltante en este aspecto es la identificación con la figura de "outsider" del mandatario. Se ha mencionado ya que los sectores populares eran propensos a desarrollar empatía por Fujimori en tanto no pertenecía a las élites criollas políticas tradicionales que los habían excluido de los ámbitos social y económico hegemónicos de manera sistemática. Asimismo, en estos sectores existen importantes masas de electores que habían padecido discriminación mediante la exclusión laboral y social debido a su condición de migrantes en zonas urbanas, con una procedencia étnica y lengua materna muchas veces distintas a las de las élites de las principales ciudades. Por su experiencia de vida como hijo de migrantes japoneses, Fujimori compartía, también, en cierta medida, este perfil. No obstante, en este artículo pretendemos introducir un elemento adicional que ayudaría a explicar el apoyo del sector popular femenino: el género.

El factor del género permite entender el apoyo popular femenino al gobierno de Fujimori de dos maneras, principalmente: En primera instancia, las mujeres de sectores populares habrían sido mantenidas al margen de la vida económica, pública y política no sólo en tanto migrantes y pobres sino, también, en tanto mujeres. Por tanto, sostengo que las mujeres de sectores populares han sido objeto de una doble exclusión. Antes del surgimiento masivo de las organizaciones

de subsistencia, a fines de la década del setenta, la amplia mayoría de organizaciones políticas —tanto partidos políticos como sindicatos y organizaciones barriales— estaban conformadas y lideradas por hombres. La política en el Perú tenía rostro criollo y burgués; pero, ante todo, tenía rostro masculino. Fujimori, a nivel discursivo y mediante sus políticas orientadas a las mujeres y las organizaciones lideradas por ellas, creaba una plataforma propicia para el reconocimiento de su rol político y la consolidación de dichas mujeres como sujetas políticas.

En segundo lugar, se debe tomar en cuenta la importancia del rol materno como factor que permitió el apoyo de las mujeres al gobierno de Fujimori. Al referirse al respaldo hacia las medidas autoritarias del mandatario, Weyland sostiene que “el masivo apoyo popular al autogolpe de Fujimori sugiere también que muchos peruanos preferían el orden y la estabilidad antes que el imperio de la ley y los procedimientos democráticos” (2001, 229). Ante ello, considero importante destacar que, en armonía con los valores maternalistas latinoamericanos, la búsqueda de la estabilidad y el orden —especialmente, en contextos de crisis— se encuentra asociada, precisamente, con el ejercicio de la maternidad.

La crisis hiperinflacionaria y la violencia política que asolaba al Perú en las décadas del ochenta y noventa afectaron, especialmente, a los sectores más pobres de la población. En este contexto, fueron las madres de familia las principales interesadas en la restauración del orden y las principales agentes que se movilizaron, poniendo a disposición su tiempo, trabajo y recursos, con el fin de resguardar la seguridad de sus familiares y vecinos a través de organizaciones barriales. Asimismo, las mujeres han sido tradicionalmente las encargadas de las labores de cuidado, lo que incluye la compra y preparación de alimentos, por lo que es esperable que fueran ellas las que conocieran, de primera mano, el impacto de la hiperinflación en los precios y cantidades disponibles de los productos de primera necesidad para sus hogares. Y fue precisamente la promesa de la restauración del orden y la estabilidad de la economía peruana la que llevó a Fujimori al éxito electoral tanto en 1990 como en 1995. Por todo lo expuesto, sostenemos que el apoyo de las mujeres de sectores populares al gobierno de Fujimori tiene una base perfectamente racional y pragmática, a la vez que responde al rol que les fue socialmente asignado y que asumieron, mediante la organización colectiva, en un contexto de inestabilidad económica y política.

Más allá de los márgenes institucionales: La incorporación política de las mujeres en la década de los noventa

Aclarados estos puntos, conviene, entonces evaluar los efectos y límites de la incorporación de las mujeres en la arena política durante la década de 1990. En el

plano institucional, durante el gobierno de Fujimori se incorporaron ocho mujeres a cargo de los distintos ministerios y más de veinte viceministras. Asimismo, en el Congreso, entre 1995 y el 2000, trece congresistas fueron mujeres, es decir, el 10,8% de su composición total (Blondet 2002). Además, en las Municipalidades, también se observó el incremento en la participación femenina: El porcentaje de regidoras distritales se elevó de 7% en 1995 a 24.8% en 1998 (Blondet 2002). Este crecimiento en la participación de las mujeres en la política institucional fue acompañado e impulsado por la creación de la Ley de cuotas en 1997, que establecía para las mujeres un mínimo de 25% de los puestos de las listas electorales, tanto para el Parlamento como para los gobiernos locales y regionales en el Congreso.

Además, en 1995, posterior a la Conferencia Mundial sobre la Mujer desarrollada en Pekín, Fujimori creó el Ministerio de Promoción de la Mujer y el Desarrollo Humano (Promudeh), que fue resultado del trabajo de las mujeres del partido y que se comprometía a promover el desarrollo y el alivio de la pobreza, así como la “equidad”. Asimismo, en el año 1996, se crearon dos otras instancias centradas en las mujeres: La Defensoría de la Mujer como parte de la Defensoría del Pueblo y la Comisión de la Mujer en el Congreso de la República. También se legisló a favor de los derechos de las mujeres, con la ley contra la violencia familiar y la ley contra la violación.

Pese a lo que se podrían considerar logros en el ámbito político, afirmamos que la incorporación no debe entenderse sólo en el ámbito electoral, legislativo e institucional, debido a que, así, se corre el riesgo de enfocarse solo en una minoría de mujeres que sí puede acceder a estos espacios por su condición socio-económica. En lugar de ello, proponemos que la incorporación en el ámbito urbano se estudie a partir de las dinámicas de las mujeres que habían sufrido exclusión de manera más sistemática: aquellas provenientes de sectores populares que, para el caso peruano, se involucraron inicialmente en la vida política a través de las organizaciones barriales de subsistencia. Así, para el tema que nos aborda, conviene analizar la interacción del presidente Fujimori con las mujeres dirigentes de los comedores populares, para evaluar hasta qué punto el discurso de inclusión social y empoderamiento femenino fue puesto en práctica.

El sello personalista de Fujimori se manifestó en su búsqueda de establecer una relación directa con su electorado, sin instituciones intermediarias. En este sentido, el mandatario ejerció una movilización descendente, “de arriba para abajo” con sus simpatizantes. En el caso de las mujeres de los comedores populares, las decisiones y políticas que las involucraban fueron formuladas e implementadas de manera vertical. Ellas fueron convocadas por las políticas sociales focalizadas de las que fueron beneficiarias. En este sentido, se ha afirmado que su

respaldo al régimen fujimorista respondió a un pragmatismo por la obtención de resultados en un contexto de crisis (Blondet 2002). Estos resultados se observaron, principalmente, en asistencia directa (programas de planificación familiar, nutrición, crédito) y también en infraestructura (implementación de servicios de agua y desagüe, centros de salud, colegios, locales comunitarios). Las demandas urgentes que por décadas los partidos tradicionales no habían sido capaces de canalizar estaban siendo atendidas por un gobierno que las colocaba en el centro de su discurso, pese a no involucrarlas directamente en la toma de decisiones.

Resulta fundamental, en este aspecto, destacar qué tipo de demandas estaban siendo priorizadas por el gobierno de Fujimori en su política social dirigida a las mujeres y cómo esta se relaciona con el modelo económico defendido. El régimen, como se ha observado, exaltó la figura de la mujer como cuidadora natural y principal agente en la lucha contra la pobreza, y destinó los recursos a la asistencia directa. Todo ello ocurrió a la par de la implementación del modelo neoliberal en el Perú mediante una serie de medidas de ajuste estructural que llevaron a la privatización de los servicios básicos que antes ofrecía el Estado y que son fundamentales para el sostenimiento de la vida, como la salud y la educación, ampliando las brechas entre quienes tenían la capacidad adquisitiva para solventar estos servicios privados y quienes no.

No es coincidencia que el interés por el sostenimiento de las organizaciones populares lideradas por mujeres se haya dado durante el proceso de liberalización de la economía. Más bien, los programas sociales impulsados desde el gobierno fueron funcionales a dicho proceso: Se propició el “desarrollo” individual de las mujeres y se les asignó un rol fundamental en el sostenimiento de sus comunidades, pero no se realizaron esfuerzos por reducir, efectivamente, la desigualdad que imposibilitaba que superen colectivamente la condición de pobreza y que había promovido la formación de ollas comunes y comedores en primer lugar. En otras palabras, durante el gobierno de Fujimori, la relación entre el Estado y las mujeres de sectores populares se basó en “un acercamiento a las mujeres que persigue una mayor inclusión, pero sin cuestionar las premisas en las que se basa la desigualdad” (Boesten 2019, 79).

Más aún, la introducción de lógicas de progreso individual y “emprededurismo”, parte de la cultura impulsada por el gobierno neoliberal, tampoco resultaron favorables a las organizaciones de subsistencia, pues las lógicas del mercado desarticulaban los lazos de solidaridad y trabajo comunitario que las sostenían. En palabras de Olano, “la política mediática del ‘neopopulismo’ conlleva la desintegración organizativa de los ciudadanos, pues es propulsora de las salidas individuales en medio de drásticas políticas de ajuste económico” (2006, 57).

Finalmente, en cuanto al ingreso de las dirigentas de los comedores a la política partidaria, este proceso también manifestó una serie de obstáculos y contradicciones. Durante las elecciones municipales de 1988, algunas de ellas optaron por negociar su participación de manera individual con partidos políticos, lo que provocó tensiones internas que, a su vez, causaron a las candidatas la pérdida del respaldo de sus bases (Blondet 2002). Ello les quitó toda legitimidad y las imposibilitó de representar las demandas de las demás mujeres de sus comunidades. Incluso en los casos en que lograron ser electas para los municipios, las dirigentas se encontraron sin apoyo de las bases ni de organizaciones que las asesoraran, y sin conocimientos ni experiencia previa en la política institucional, de modo que no les fue posible desenvolverse con éxito en este ámbito. Así, las posiciones de poder en los gobiernos locales quedaron restringidas para una minoría de mujeres que poseían ya el capital social y cultural necesario para sostener una carrera política en las instancias de gobierno. A ello se suma la importancia de las lealtades al régimen de Fujimori, que constituyeron un factor muchas veces decisivo para el éxito electoral.

Conclusiones

Se ha podido observar que el proceso de incorporación política de las mujeres de las organizaciones de subsistencia a partir del discurso y las políticas aplicadas por el gobierno de Alberto Fujimori (1990 - 2000) presentó importantes limitaciones y contradicciones. El estudio de este caso permite ampliar los horizontes del debate en torno a la relación entre populismo y democracia, en tanto plantea serios cuestionamientos al alcance de la participación popular de las mujeres dentro de un régimen autoritario y neoliberal. Dos aprendizajes deben ser rescatados: En primer lugar, resulta importante estudiar los procesos de incorporación política a partir de gobiernos y políticas populistas en Latinoamérica más allá del ámbito institucional y electoral.

El estudio de la interacción del Estado con las organizaciones de subsistencia permite observar la complejidad del fenómeno de la autonomía y los límites del ejercicio de la democracia en contextos de desventaja social. En segundo lugar, el análisis de dichas interacciones evidencia la importancia de la aplicación de un enfoque interseccional para poder identificar las limitaciones y contradicciones en el proceso de incorporación de las mujeres a la arena política: Resulta necesario entender la participación política mucho más allá de conceptos como “empoderamiento” y “liderazgo”, centrados en el desarrollo individual de las mujeres, para observar los factores estructurales que imposibilitan la superación colectiva de la desigualdad. Los éxitos de la incorporación deben ser evaluados en los grupos que, precisamente, han sufrido mayor exclusión.

Finalmente, el estudio de este caso pretende ser un llamado a futuras investigaciones en torno a las organizaciones de subsistencia y la participación política de las mujeres en contextos de crisis económica. Han transcurrido más de veinte años desde el fin del gobierno de Fujimori y, a vísperas de la celebración del bicentenario de la independencia, el Perú atraviesa una etapa que presenta características innegablemente similares a las que llevaron al surgimiento de cientos de comedores populares en los barrios más marginales de las principales ciudades. La pandemia por la Covid-19 ha impactado en la economía nacional a escalas inesperadas, situación que ha repercutido, sobre todo, en las familias de los sectores populares, que se sostenían del empleo informal y el autoempleo. Nuevamente, son las organizaciones de subsistencia (especialmente, las ollas comunes y comedores populares) lideradas por mujeres las que pugnan por asegurar la alimentación de las comunidades más vulnerables en las zonas urbanas.

Resulta pertinente en este contexto registrar los efectos del surgimiento de dichas organizaciones, que se encuentran en constante proceso de expansión e institucionalización, en los roles y subjetividades de las mujeres que las lideran. Asimismo, cabe evaluar cómo la incorporación política de las mujeres y el surgimiento de nuevos liderazgos femeninos se intersecan con su relación con el gobierno, su posición en la estructura económica y su relación con los recursos tecnológicos disponibles.

Referencias Bibliográficas

Ángeles, R. y Guerrero, O. 2014. Maternalismo y discursos feministas latinoamericanos sobre el trabajo de cuidados: un tejido en tensión. En *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (50), 27-42.

Boesten, J. 2019. *Desigualdades interseccionales: mujeres y política social en el Perú, 1990-2000*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Blondet, C., & Montero, C. 1995. *Hoy: menú popular: los comedores en Lima*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos

Blondet, C. 2002. *El encanto del dictador: mujeres y política en la década de Fujimori*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

CARE-Perú 1990. *I Censo Metropolitano de Comedores Comunales 1990 (19/2-3/3)*. Lima: CARE Perú.

Casullo, M. E. 2014. ¿En el nombre del pueblo? Por qué estudiar al populismo hoy. *POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político* (N°19-2), 277-313.

Chaney, E. 1979. *Supermadre: Woman in Politics in Latin America*. Austin: University of Texas Press.

Crabtree, J. 1997. Populismo y neopopulismo: La experiencia peruana. *Apuntes: Revista de ciencias sociales* (N°40), 97-109.

Crabtree, J. y Tomas, J. 2000. *El Perú de Fujimori: 1990-1998*. Universidad del Pacífico. Centro de Investigación.

Crenshaw, K. 1989. Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *u. Chi. Legal f.*, 139.

Voz Projimo 2019. "Debate entre Alberto Fujimori y Mario Vargas Llosa". Video de YouTube, 30:32, publicado el 7 de agosto del 2019. https://www.youtube.com/watch?v=cXNbsBwHbrU&t=6s&ab_channel=VozProjimo

Jennings, I. 1956. *The Approach to self Government*. Cambridge: Cambridge University Press.

Levitsky, S. y Loxton, J. 2013. Populism and competitive authoritarianism in the Andes. En *Democratization*, (N° 20-1), 107-136.

Mudde, C. y Kaltwasser, C. 2011. *Populismo: una breve introducción*. Alianza Editorial.

Murakami, Y. 2007. Perú en la era del chino: la política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador (Vol. 27). Instituto de Estudios Peruanos.

Ojo 1991. *Madres serán heroínas de reconstrucción nacional*. 11 de mayo. Disponible en Warmi CD- ROM CENDOC-MUJER.

Olano, A. 2006. El Perú y las falacias del neopopulismo. *Revista Opera*, (6), 47-88.

Romera, M. 2019. Mudde, CAS Y ROVIRA KALTWASSER, CRISTÓBAL (2019): POPULISMO: UNA BREVE INTRODUCCIÓN. *Anuario del Conflicto Social*, (8).

Stevens, E. y Soler, M. 1974. El marianismo: la otra cara del machismo en América Latina. *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias humanas*, 10(1) (55), 17-24.

Weyland, K. (2001). ¿La paradoja del éxito? Los determinantes del apoyo político al presidente Fujimori. *Debates en Sociología*, (N°25-26), 213-244.

Weyland, K. (2013) The Threat from the Populist Left. *Journal of Democracy*, Vol.24, N° 3.